



NOSTALGIA

(Aflicción, pena o tristeza causada por la ausencia de cosas o personas queridas)



MI PUEBLO.- Aprovecho para recorrer las calles de nuestra apreciada villa, un día, en la hora del letargo *sestíl* de la Fiesta Patronal.

Éstas guardan el silencio que los humanos otorgamos con nuestro cansancio retiro. Los coches han dejado de fluir y rugir por ellas; hoy asfaltadas, antaño, polvorientas y hoyadas por el herraje de los carros, galeras y mulas. Todo está en calma. Apenas alguna persona cruza rápida y sutil, sin que sus pasos rompan la calma impuesta. Todo casi es como en tiempos pretéritos. Deambulo por los rincones evocadores de los recuerdos de mi lejana niñez.

En una de estas vías está la casa kilómetro cero de mi existencia, y, mi centro del universo. Todo me gira alrededor de este punto, donde recibí el aliento de la vida por primera vez. Lar situado en uno de estos viejos y bellos rincones de Santa Cruz de la Zarza.

Villa toledana; situada al borde de la fértil mesa o meseta de Ocaña, donde Toledo se hermana y une con Madrid y Cuenca. Mirador incomparable de la extensa depresión del caudaloso río Tajo que desde la glorieta de la Iglesia de Santiago, antiguo emplazamiento de la Encomienda de la Orden del mismo nombre, hoy desaparecida; encuentras tu lejanía en la mirada, tu observación en la distancia, pudiendo dejar tu visión perderse en lontananza. Lugar privilegiado que otrora ocuparan legendarias culturas: prerrománicas, romana, visigoda, árabe, napoleónica y órdenes religiosas guerreras, dominadoras a veces, y evitando ser dominadas en otras. Cuantos acontecimientos, cuantas miserias vividas por nuestros predecesores. Siempre sometidos a los vaivenes que el prevaleciente de turno les hacía vivir. Pero sus raíces, ahí quedaron prendidas para siempre, formando con todas las de las generaciones que nos precedieron, la esen-

cia e idiosincrasia de nuestra querida villa. Con sus calles tortuosas; empuñadas las más, llanas las menos. Y sus antiquísimas casas enjalbegadas; con primor unas, otras con el correr imperdonable del tiempo, el deterioro y el abandono han dejado sus drásticas huellas sobre ellas, sufriendo la mayoría, una metamorfosis constante, en la adecuación de estos viejos lares, en modernos *hábitat*, más adecuados para la vida actual. La nueva construcción, en la formación de nuevos barrios edificadas normalmente en el sistema de bloques de pisos; suele coquetear con el ladrillo y el cemento impregnado de modernos colores, rompiendo la blancura y el modelo de vivienda unipersonal que siempre dominó la vieja edificación. Como esos racimos de casas que se desparrraman entre las dos monumentales y preciosas Iglesias: Santiago y San Miguel. Lares tan juntos, tan apretados, que a veces parecen, más que unidos, empotrados unos en otros.

Viejo casco salpicado por solariegas mansiones de bonitos pórticos y pequeñas torrecillas coronando la fachada principal. En los frontales de éstas, remotos escudos heráldicos evocadores de tiempos pasados. Quizá algunos de indios aventureros, o de señorías que fueron y el devenir del tiempo los dejó solo en este recuerdo lejano, pero que hoy sirven para embellecer las calles de nuestro apreciado pueblo.

EVOCACIÓN DE LOS AÑOS 50.- En este extraño silencio que envuelve mi pausado caminar por estas calles cargadas de historia. Me hace evocar vivencias acaecidas en Santa Cruz, por aquellas lejanas fechas de mi niñez y juventud. Días que el tiempo los hizo pasar en este transitar sin pausa de nuestra existencia. Pero dejando esos *acontecere*s inolvidables que, aun a pesar del tiempo pasado, siguen permaneciendo frescos en mi memoria.

A mi mente afloran recuerdos distantes que se remontan a los tristes años duros y negros de la posguerra. Cuando aun quedaban rescoldos amargos del racionamiento y del

estraperlo. Días que Santa Cruz era poseedor del mayor caudal humano de su historia, llegando a tener una población de 6.358 habitantes en 1950, caudal que mermaría estrepitosamente en la década siguiente, tras el gran éxodo producido por la búsqueda de los santacruceros de entonces, entre los cuales me cuento, de nuevos horizontes, de nuevas formas de vida un los lugares más dispares y remotos, aunque la gran mayoría quedaríamos en ciudades de España. Gran descenso de población que en 1970 hizo quedar reducido el pueblo a un mínimo de 4.226 habitantes, contando en la actualidad con 4.955 de los cuales 524 son inmigrantes. (Datos de población tomados en Internet, de Wikipedia, página de Santa Cruz, creada por Obelix). Días aquellos de los años 50 que rememoro, con un tercio más de población, y menos edificación disponible para vivir. El apiñamiento humano era sumo, todo estaba habitado. La población se extendía a extramuros, donde en cualquier casa de campo, huertas o los lugares más insospechados, vivía gente. Siendo el núcleo de mayor población fuera del casco urbano, el de los caseríos de los montes, donde el paraje conocido como «Los Pajares» era el que más personas acumulaba. Eran tiempos de escaseces y privaciones. Cuando, por ejemplo, la Televisión todavía no había llegado a España, ni tampoco los electrodomésticos, ni ninguna bebida colonizadora, tipo Coca-Cola, entre otras muchas cosas más. Pero, como siempre, el ser humano sabe sacarle recursos a todas las circunstancias de la vida, y nosotros creo que por entonces supimos sacárselos. Lógicamente cada cual a su manera, dependiendo de su posición y posibilidades. Sin poder olvidar las estrecheces y miserias que por entonces se vivían. Cuando yo diría que por no haber, no había, ni crisis.

LOS ALIMENTOS.- Prácticamente, eran días que nos abastecíamos de lo que se producía, y poco más.

La principal fuente de alimentos que teníamos, cada cual como podía,

Colaboraciones



era el corral; con sus gallinas, conejos, cerdo, y la cabra que nos proporcionaba la leche. Todo un lujo para la época. La carne de vaca si no recuerdo mal, por aquellas fechas era prácticamente casi una desconocida.

Los refrescos que entonces bebíamos, eran principalmente: zarzaparrilla y gaseosa. Y la bebida alcohólica más corriente; nuestro vino de la tierra, aparte de los licores más comunes, el vermut, y la cerveza que aun no se consumía en demasía. Cualquier tipo de celebración, se adornaba haciendo una buena limonada, con sus tropezones frutales, que servía como complemento a la degustación de aquellos exquisitos bollos caseros que las familias hacían en las tahonas, con recetas tradicionales que incluso las guardaban celosamente como tradición familiar.

La mayoría de las casas tenían su cueva que, servía para la conservación de los alimentos, y para tener todos los víveres frescos en verano, ya que por entonces, no había ni hielo industrial, ni la infinidad de artilugios domésticos que hoy nos parecen fundamentales e imprescindibles, y puede que, efectivamente, para la forma de vida de ahora, quizá lo sean. Naturalmente, para la vida de entonces, también hubieran sido necesarios, pero..., como no se conocían, no se echaban de menos, como tantas otras cosas.

EL HOGAR.- Las cocinas eran de leña. Se hacía un buen fuego con buenas ascuas y sobre ellas se ponían las trébedes para hacer los guisos y

fritos. Las comidas cocidas en olla o puchero, se ponían al rescoldo de la lumbre para que se cocieran lentamente, y eso sí que ya son manjares perdidos. Lo cual no quiere decir que ahora no los tengamos más y mejores..., pero como aquellos, no. En la habitación de estar, en invierno, nos calentábamos con estufas y braseros de ascuas o picón. Braseros que se ponían normalmente en mesas camillas con faldas, sobre una plataforma que las mismas tenían al respecto. Sólo había calor en esa habitación, las demás, todas, temperatura ambiente. A las camas les quitábamos el frío, con el calentador o el «tumbillo». ¡Aquellas largas tardes noches de vela en invierno!, veladas sentados a la mesa camilla, al *calorcillo* del brasero, alrededor de la estufa o frente al fuego de leña, con la radio puesta de fondo. Único electrodoméstico del que se disponía en aquellos días. Con sus seriales radiofónicos y «el parte» de las 10 («el parte» eran las noticias del diario hablado de Radio Nacional que, para todos era conocido con ese nombre). Las mujeres haciendo labores de costura y los chavales nuestros deberes de la escuela, después de una larga tarde de juego en la calle. Se mataba el aburrimiento, contando historias, bien de la familia, de la gente del pueblo o de lo que fuera menester. Pero aquel fuego acogedor, tenía su inconveniente, y era que el calor de la lumbre en ocasiones, podía ocasionar en algunas mujeres, la formación de las desagradables manchas de cabrillas en las piernas que tanto las afeaban. Estigmas que trataban de evitar, sobretodo las chicas jóvenes. La falta de los mencionados anteriormente electrodomésticos, hacía que las labores domésticas de las mujeres fueran arcaicas y un tanto *esclavizantes*, por ejemplo, entre otros quehaceres, fregaban los suelos de rodillas con cubo y bayeta, y la ropa, la lavaban en una artesilla, barreño o pila, frotándola con las manos una y mil veces sobre la losa o tabla de lavar.

Por aquellos días, las vivencias eran distintas a las de ahora, eran como se solía decir: como toda la vida. Yo recuerdo que en mi casa, por ejemplo, raro era el día que no había visitas con tertulia de vecinas y familiares. Visitas que mi madre devolvía. Era otra forma de entender la vida, quizá dado

por la fuerza de las tradiciones que por entonces seguían todas en plena vigencia, y las circunstancias dominantes que, en aquellos momentos las agudizaba todavía más. Aun estaban lejos los días de empezar a ir evolucionando para irse adaptando a los nuevos tiempos.

EL OCIO.- Las mujeres por entonces, sólo tenían dos formas posibles de distracción: visitarse o ir a la Iglesia. Hablo de las ya casadas, por que a las jóvenes, les quedaba aparte de lo anterior, el poderse juntar por las tardes en casa de alguna a hacer labores de costura, y salir a pasear una vez que las calles recobraban la tranquilidad, tras la recogida de las mulas en sus respectivas cuadras al anochecer a la vuelta del campo. Las chicas salían de casa a realizar supuestos recados que servían como pretexto para el paseo tradicional por la Plaza y calle Mayor. Éstas se llenaban, sobre todo, de jóvenes que aprovechaban este momento para el encuentro con la persona deseada, o simplemente, para comentar con los amigos, lo mismo las amigas, cualquier incidencia, o cuchicheos de rigor, o conversaciones banales de solo entretenimiento. Estos pausados paseos se prolongaban hasta el momento del recogimiento nocturno, siempre que el tiempo no lo impidiera. También se celebraban, los días festivos a la salida de misa de 12 y por las tardes antes de la entrada del baile o cine.

Los paseos normalmente, los realizaban las chicas con las chicas, todavía sin usar como prenda de vestir, el pantalón, y los chicos con los chicos. En grupo era fácil hablar unos con otros, lo que era casi una misión imposible, es que una chica hablase paseando con un chico solos sin los mismos ser novios. Esta conversación solo podía llevarse a cabo, como hecho natural, en el baile. El baile de entonces era lo que hoy llaman baile de salón. Se bailaba en parejas «agarraos». Aquí ya el diálogo entre ambos era posible, nada se interponía entre los dos. El parloteo podía ser todo lo largo que ellos consideraran conveniente. Esta era una situación ya vista por todos como lo más natural, y es que lo era. De este danzar y charlar, brotaba el manantial, del cual fluían la mayoría de noviazgos por aquella época. En todo este entramado de vivencias,



Calle de La Cava. Año 1950.

Colaboraciones



siempre había unas normas que guardar, pero con las normas, ya se sabe lo que suele pasar, que la mayoría de las veces se suelen ignorar.

Pero baile no había siempre. Durante las recolecciones, se suprimía, sobre todo en los largos veranos de entonces. Aquella etapa era como cruzar un desierto en el que no había nada más que trabajo, trabajo y más trabajo, hasta poder llegar al gran oasis de las Fiestas Patronales, en las cuales para nuestra alegría, el baile fluía por doquier. Había tres bailes diarios, el de por la mañana, de 12 a 2, por la tarde, de 7 a 9 y por la noche de 10 a 12. Contaría muchas más cosas del baile de entonces, pero no quiero dilatar más el escrito. Quizá en otra ocasión.

El cine, quien más lo visitaba eran los chavales, parejas de novios y también, los matrimonios. Bueno, de alguna forma, unas veces unos y otras otros, todos íbamos al cine. ¡Aquel clásico cine del «tío Boni», de butacas de madera y de pipas pelar, con películas de tres o cuatro descansos, con su Nodo correspondiente y algún que otro apagón de luz!

Los hombres tenían: casino, bar, «colmaos» y tabernas, donde se reunían para charlar, jugar la partida y cambiar impresiones, pero eso sí, los hombres siempre solos. Salvo los días

festivos que solían tomar el aperitivo, las parejas y los grupos de amigos, chicas y chicos. Pero no muchos, solo algunos.

Nosotros los jóvenes, nuestra mayor distracción era «el guitarreo», al menos nuestra cuadrilla. Otros, me imagino que, los que no guitarreaban, irían a las tabernas, bares o casino, pero siempre los chicos solos.

Las chicas por la noche no salían para nada. Salvo en verano, que solían ir a los cines que en este periodo estacional había, normalmente acompañadas de familiares. En estío, aunque los domingos eran laborables, disfrutábamos de tres cines nocturnos de verano, eran los siguientes: el cine San José, en los caños; el cine terraza Loriente, conocido cariñosamente como el del «tío Boni», ya dicho anteriormente, que aparte de la sala de invierno, en verano tenía esta terraza, y el cine de los Cuatro Caminos, hoy Avda. Castilla la Mancha, de D. Mariano Coloma.

Los tres cines, rivalizaban en traer las películas de más actualidad, y se puede decir que estábamos al día del cine de entonces. El cine era y és, la fábrica de ilusiones por excelencia. Nosotros que por aquellos días no conocíamos prácticamente nada, el cine nos transportaba a todos los países del mundo, lugares que jamás

pensábamos ni por lo más remoto en poder visitar. A viajar en veleros por mares ignorados y lejanos, a volar en todo tipo de aviones, y sobre todo, situarnos en aquel lejano oeste de vaqueros y de indios que, aunque nada teníamos en común ni nos importaban, sin proponértelo y sin apenas darte cuenta, te hacían tomar parte a favor de los «buenos», en aquellos absurdos duelos.

En Santa Cruz, por referencias, creo que siempre hubo gran afición al Teatro. Por las fechas que estamos comentando, no había compañía estable en el pueblo. Pero estaban unas cuantas familias que mantenían la chispa siempre encendida de este apreciado arte, y de vez en cuando organizaban alguna función de aficionados del pueblo que, interpretaban en el susodicho cine del «tío Boni». Comedias que al menos yo las recuerdo que eran muy bien acogidas y bien representadas. Podían tener menos calidad que las de actores profesionales, pero a entusiasmo e ilusión en la interpretación, no había quien los superara.

También, esporádicamente solían venir compañías itinerantes que hacían algunas actuaciones en el cine ya citado.

Lo más penoso, visto ahora en la lejanía del tiempo, eran las representaciones que algunas veces hacían en la Plaza al aire libre, los llamados «titiriteros». Comediantes que solían venir con un carrillo y una cabra o un oso encadenado que eran el centro del espectáculo, haciendo que el animal subiera y bajara por unas escaleras, con algunos toques de malabarismo. A este espectáculo el público tenía que acudir con su silla correspondiente.

Teníamos dos equipos de fútbol: el Águilas y el Huracán. Jugaban en las eras los domingos por la tarde, siempre que no hubiera ninguna recolección de turno. Todavía no había campo de fútbol.

LA VIDA DE LA CALLE.- Esta forma de vida de entonces, tan tranquila y parsimonial, hacía que las calles estuvieran casi siempre cargadas de vida humana, con personas caminantes con muchas ganas de «pegar hebra», y por que no decirlo, también de vida animal. Impregnando el ambiente con otros ruidos y otros olores. Hoy la mayoría de estos, ya desaparecidos.



Cuadro pintado por Tomás Medina titulado: Santracruceños y Santracruceñas en tiempos de mulas.

Colaboraciones



La calle limpia de obstáculos, dado que los carruajes se guardaban en las portadas o corrales, tenía su propia vida. Yo recuerdo el vocerío de nosotros los chavales cuando salíamos en racimos de la escuela, por entonces en El Pósito, dispersándonos e inundando las calles del pueblo con nuestro jugueteo y alegre corretear. A nuestra algarabía, se unían las voces de los vendedores ambulantes y compradores de productos varios, en su peregrinar comercial constante por todos los rincones de la villa. Entre otros, estaba: el pellicero que, compraba toda clase de pieles; el pollero que, vendía animales de pluma de corral; los compradores de huevos, con sus canastas de doble tapa y asa central; el que vendía telas, con su hatillo de éstas al hombro; el que vendía miel de la Alcarria y quesos, que nosotros llamábamos «mielero»; el del pimentón de la Vera, que no solía faltar sobre todo en tiempos de matanzas; el que cambiaba garbanzos crudos por «torraos»; el paraguero lañador que, arreglaba pucheros, paraguas y cacerolas de porcelana; el afilador y castrador, tocando su instrumento de «tubitos»; el chatarrero que, compraba todo tipo de chatarra, enseres, muebles viejos y todo lo que se preciara.

Unas veces de cerca, y otras en la lejanía; se oía su cantar anuncio característico, y aunque no se entendía muy bien lo que decían, por la musiquilla todos sabíamos quien era.

Luego estaba el pregonero; con su tambor o trompetilla que, o bien leía un bando del Ayuntamiento, o anunciaba que en la pescadería del «señor» Leoncio en la calle Mayor, o del Rubio en los caños, por ejemplo, habían traído sardinas frescas u otro pescado. O que a alguien se le había perdido cualquier utensilio, y sería recompensado a quien lo encontrara y lo entregara.

Calles por las que caminaban las mujeres con su masa de pan recentada camino de las tahonas u hornos de pan cocer, donde la encina quemada y el pan recién cocido impregnaban toda la zona de un perfume especial y característico. Ahí donde las muje-



Tomás Medina, Constantino Fuentes y Baltasar Abril (Al fondo: Luis Sánchez y Robustiano, hijo).

res salían de él, con su escriño lleno de pan de hogaza o redondo ya horneado, junto con alguna torta seca y algún «pingo» que tanto nos gustaba a los muchachos, y creo que a todos. Después de haber mantenido una buena tertulia con las compañeras de cochura, durante el tiempo que duraba este proceso.

Las mujeres que en sus sillas bajas, salían a los rincones de calles o plazuelas a tomar el sol de la caída de la tarde, para hacer sus labores de costura y bordados, en estos sitios que comúnmente se les llamaban «solanas».

Los vecinos que en el regazo de su puerta, sentados, comentaban en tertulia lo acaecido en el pueblo, o cualquier cosa que se le ocurriera a alguna o alguno, en las noches cálidas de estío, en ese momento llamado, «tomar el fresco».

Los miércoles de mercado, como toda la vida, los vecinos iban a realizar sus compras al «mercadillo» que, entonces estaba en la Plaza. Pero con el inconveniente de que por aquellos días no había ningún tipo de locomoción, y todos los trayectos tenían que hacerse andando, por lo que las calles, eran un rosario de personas que iban y venían cargadas todo lo que podían, para cruzar quizá con la compra, todos los barrios del pueblo.

LOS RUIDOS DE LA CALLE.- La calle estaba siempre impregnada de una gran sonoridad; las voces de los vendedores ya citados, nuestro jugueteo, nuestras madres que daban grandes voces al caer la tarde, para que Antonio, Juan o el nombre que fuese, viniera a casa a merendar. Estos llamamientos se oían en las tardes tranquilas desde cualquier barrio del pueblo. Las campanillas de los rebaños de ovejas, con sus balidos correspondientes; cuando venían a recogerse al aprisco, por entonces en portadas dentro del pueblo, con su olor característico. El cantar de los gallos, el cacarear de las gallinas, el gruñido de los cerdos, el ladrar de los perros. Las herrerías, con su golpear en el yunque para aguzar las rejas que los labradores llevaban a la fragua cuando terminaban su dura faena. Las aserrerías

o carreterías, con su maquinaria para modelar y trocear madera. Y en el ocaso del día, las procesiones interminables de yuntas de labor que aparecían por todas las entradas del pueblo, inundándolo con aquellos ruidos peculiares de cascos errados golpeando el suelo, de traqueteo de carruajes y el alegre sonar en algunas yuntas, de cascabeles o campanillas, dejando siempre tras su paso aquel reguero de perfume embriagador.

Calles que en las noches sabatinas, rasgábamos su misterioso silencio, con el vibrar de las notas arrancadas con entusiasmo a nuestros viejos instrumentos de cuerda. ¡Noches de ronda!, de sencillos pasacalles y alegres cánticos de rondadores en las ventanas de las jóvenes rondadas; unas veces ya amadas, y otras todavía por amar.

Tiempos que por motivos que ignoro, no se permitía el paso de las rondallas a la Iglesia, y el Mayo a la Virgen teníamos que cantárselo en la Glorieta junto a la puerta cerrada del Templo.

Los cánticos que las mujeres durante las recolecciones realizaban montadas en galeras de mulas, a la salida o entrada del pueblo, cruzando éste entre *coplillas* manchegas y musiquillas pegadizas.



Los quintos, que en la semana de quintas, recorrían las calles con sus varas de mano entonando canciones tradicionales, de grandeza varonil para ellos, y de menosprecio para los mozos del «pimiento». Estos últimos con la misma melodía, les respondían invirtiendo el sentido de la letra (del «pimiento» eran llamados los jóvenes que al año siguiente serían quintos).

Los quintos; en ese ánimo de querer mostrar su grandeza y arrolladora fuerza juvenil, pugnaban entre quintas, en poner o plantar el Mayo más alto en el centro de la Plaza. (El Mayo, era un árbol, de aquellos olmos, aquí también llamados álamos negros, que abundaban en pequeñas, pero bellas arboledas salpicadas por nuestro término, hasta que una fatal enfermedad las hizo desaparecer, quizá para siempre, para desdicha de nuestra campiña, y de nuestro paisaje. Buscaban el árbol que ellos creían era el más elevado del término. Una vez talado y tras grandes esfuerzos, bien con galeras, arrastrado con mulas o a hombros, lo transportaban hasta el centro de la Plaza, y en un hoyo hecho para dicho propósito, lo ponían de pie, quedando izado en el centro del pueblo, como estandarte de lo que ellos consideraban muestra de su gran virilidad).

COSECHA DE VERANO.- Recuerdo; ¡Aquellos veranos interminables!, huérfanos de domingos festivos, pero afanosos en la recogida de mieses doradas que agitadas por el viento emulaban oleajes de mares lejanos. Mieses preñadas de grano, segadas con hoz, zoqueta y sudor, y los haces de estas atados a mano. Acarreados en galeras de mulas con meriñaque a las eras de parva y trilla, para consumir el parto de la deseada cosecha que tan ansiadamente era esperada. Pero siempre con la mirada puesta constantemente en el celaje, comprobando que el meteoro les fuera favorable, ya que éste en un corto momento fatal, como puede pasar en la actualidad, podría dejarlo todo en esperanzas perdidas.

Rimero de mieses y balagueros de paja que rodeaban el pueblo, y que en los días de viento, con aquel solano desmesurado, las polvaredas de tamo y bálago, formaban como una alfombra voladora, envolviendo con ella todas las casas y calles de la villa,

en un ambiente sofocante e irrespirable.

Hombres cansinos, sudorosos, fatigosos hasta la extenuación en esos días de trabajo sin límite, donde la noche para el descanso era casi una causa perdida.

Con la única holganza permitida, cuando terminaba la recolección, que era la de poder celebrar dos o tres días «de baños» en el río Tajo, normalmente, en el paraje de Villaverde. Días de carne comer y buen vino beber, en lo que comúnmente se les llamaban *zangonas*.

Cosecha de verano que empezaba en junio y terminaba días antes de la Fiesta Patronal; por entonces celebrada los días 15, 16, y 17 de septiembre.

VENDIMIA.- Nada más concluidas las fiestas; llegaba el otoño. Y en el otoño, como siempre; tiempo de vendimia. De aquellas vendimias que fueron, de estas vendimias que son, y esas vendimias modernas de nuevas vides que empiezan a ser, y pronto quizá, todas serán. Recogida de los preciados racimos portadores de ese líquido lúdico y dionisiaco, elixir de dioses, en el Ara bendecido.

Racimos seccionados de la cepa. De las viejas cepas de sarmientos pampanosos arqueados acariciando el suelo. Racimos depositados por entonces en vasijas de esparto; primero en espuestas, y éstas, vaciadas en seros que se cargaban en las galeras. Una vez llena toda la carga del jugoso elemento, blanco o tinto, siempre separado uno de otro; se procedía al lento viaje camino de la bodega. La uva en este largo caminar, sufría el golpeteo de la dureza de las ruedas con llanta de hierro que tenían estos carruajes, sin ningún tipo de amortiguación. Los caminos estaban llenos de baches producidos por el herraje de todos ellos. Los días de lluvia, éstos, se tornaban en verdaderos lodazales, salvando su paso por los mismos, gracias a las hábiles manos de los expertos muleros, sin poder evitar a veces, atascar y tras grandes esfuerzos, poder seguir el viaje. El peso de la uva en el capacho, con este constante traqueteo, la rompía; procediendo su pegajoso líquido a filtrarse por los huecos de la pleita de las vasijas, dejando en el camino un pequeño reguero de mosto, que siempre diez-

maba un tanto la carga de este anhelado fruto al final del trayecto. Tiempos que en el pueblo, había diversas pequeñas bodegas familiares esparcidas por el centro de la villa que elaboraban su propia cosecha, además de las principales bodegas. Esto suponía, que todo el casco urbano, se impregnaba de este olor característico a mosto y fermento. Eran días que parecía vivirse dentro de un lagar. Días de arrope; ese caldo oscuro espeso y dulzarrón, producido por el mosto hervido, con tropiezos de calabaza confitada en este mismo jugo que se elaboraba en gran mayoría de casas para alegría sobretodo de nosotros los chavales.

LAS MULAS.- Tiempos de mulos y mulas principalmente, además de algunos asnos y ganado caballar. En las casas de los agricultores, que eran la mayoría de los santacruceños por entonces, se cohabitaba con los animales. Las cuadras estaban dentro de las viviendas, formando todos, personas y animales, parte de éstas. Animales híbridos, que como seres vivos que eran, tenían sus propios instintos, con querencias y resabios. Dóciles donde los hubiera, pero a veces tercos como su mismo nombre les calificaba. Ya de por sí, el trabajar con ellos, suponía un valor añadido de esfuerzo que sumar al duro trabajo agrícola de entonces.

EL LABRADOR.- No puede faltar en esta evocación, el recuerdo que me quedó de aquellos gallardos labriegos en tiempos de mulas:

Labradores yunteros; enjutos, de piel quemada, parcos en verbo, ojos profundos, mirada severa y sonrisa escasa. Boina en testa, calzando peales y abarcas. Faja ceñida a la cintura donde normalmente guardaban la petaca de tabaco con su librito de papel. Hábiles para liar cigarro; flaco de lo suyo, y grueso de lo ajeno. La colilla pegada al labio. Pantalón y chaleco de pana, pañuelo de hierbas, y barba de una semana. Ahitos de un trabajo interminable, donde el descanso era plato que solo se tomaba en grandes solemnidades. Salir antes del alba y volver después del ocaso..., dura, excesivamente dura era la vida de los labriegos de aquellos días. Buena gente..., buena. Sin que tenga que decir con esto, que la de ahora sea mala.



OFICIOS Y NOMBRES PERDIDOS.- Tiempos de oficios y nombres ya perdidos, como el anteriormente dicho de labradores de mulas; de mayores; de ayudadores; de zagales cantando tras la yunta en la besana; de peones de azada; de peones camineros, con su casilla correspondiente; de sembradores a voleo; de segadores con hoz y zoqueta; de cuadrillas de cogedoras de legumbres; de escardadoras y escardadores; de agosteros; de trilladores; de cuadreros; de espigadoras con su hatillo de espigas a la espalda; de esquiladores, caminando uno tras de otro; de herradores; de muleteros tratantes; de guarnicioneros; de barberías, cuando tenían que dar números los sábados por la noche a los labradores para que se afeitaran la barba de toda la semana; de posada y fonda; de carreteros transportistas de mercancías, de material de construcción, de leña de encina, cuando por entonces los montes sufrían una tala constante, y de todo lo transportable; de la «raspa» que, primero en coche de mulas o caballos, y luego mecanizada, hacía el transporte de viajeros, desde la Plaza a la estación de ferrocarril y viceversa; de cines de verano; de bailes de salón; de parteras; de cocineras de bodas; de «iguas» de médicos y practicantes; de serenos, cantando por la noche las horas y el estado del tiempo; de pregonero; de productos comestibles sin fecha de caducidad; de «chutas», (así se les llamaba a los que trabajaban en oficinas); de «artistas», (este nombre se les daba a los que trabajaban en talleres, de herrería, de carpintería, de carretería, etc.); de «luceros», (con este nombre eran conocidos los electricistas); de «ordinarios», (personas que diariamente hacían el trayecto de ida y vuelta a Madrid en tren, llevando y trayendo, todo tipo de recados y paquetes, que la gente les encargaba, e incluso la compra de productos y alimentos que por entonces no había en el pueblo); de sastres con costureras y modistas con modistillas.

OTRAS VIVENCIAS PERDIDAS.- Cuando aún quedaban reminiscencias de arcaicas tradiciones, y a veces se solían ver algunos matrimonios mayores que iban caminando por la calle, el hombre delante y la mujer a dos o tres pasos detrás de él. Y la mayoría de mujeres de cier-

ta edad, heroínas de la noble tierra manchega, portadoras de sus viejas tradiciones, vistiendo de riguroso negro con pañuelo a la cabeza, y normalmente, como prenda de abrigo, la «chaparrona», y usando para guardar dinero y demás cosas, la «faltriquera». Con aquellas frases lapidarias, que aun permanecen, como: -Por el qué dirá la gente-, -por el qué dirán-, -Por que no digan-; y la más rotunda, y explosiva: -Esto; aquí se habla, y aquí se queda-. Esta última frase es como decir: -Señores; la noticia está servida, pueden pregonarla-.

NUESTRA BANDA.- De las tradiciones que fueron, son, y serán, no hago ninguna referencia, ya que todos seguimos disfrutándolas, pero entre ellas no puedo dejar de pasar sin mencionar en este escrito, a nuestra Internacional Banda de Música «La Filarmonica» que, siempre estuvo presente, adornando con su bello interpretar cualquier acto público, bien religioso o civil. Hoy ya forma parte del alma santacruzera, y creo que todos la sentimos como algo nuestro. En la actualidad, no concebíamos ningún acto que se precie sin su presencia, para gloria y disfrute de nuestro pueblo.

REFLEXIÓN Y CONCLUSIÓN.- Y así, en este caminar por estos bellos rincones envueltos con todos estos recuerdos de aquellas vivencias, ya totalmente perdidas, pasé aquellos años del abrir a la primavera de la vida. Primavera vivida entre el ocaso de los viejos tiempos de un agro tradicional milenar que agonizaba, y el alba de una nueva agricultura mecanizada que nació.

Primavera del despertar a la vida, dejándote arrastrar por el impulso natural de ésta. Descubriendo palmo a palmo la esencia de la existencia humana, y el gran amor que puedas vivir en ella. En este caminar sin pausa; te desprendes de tus mayores, para iniciar con el ser amado un nuevo amanecer y una nueva forma de vida, en mi caso, en otras tierras que no son las tuyas. Donde todo es nuevo, todo está por descubrir para ti, aunque ya esté descubierto para casi todos los demás. El transcurrir de ésta, en comunión con la propia Naturaleza, te va desgranando preciados dones (hijos y nietos). Y sin apreciarlo, sin apenas sentirlo, te va transformando tu vida, te va mode-

lando tu ser. Llevándote a unos parámetros que jamás lo pudiste imaginar sin haberlo conocido. Por muchas teorías y lecciones magistrales que puedas recibir sobre ello. Pero ahora, cuando ya estás sumido en el dorado otoño de tu latir constante. Abocado al crudo y desesperado invierno de tu vida, sin ninguna posibilidad conocida de retorno. Sientes en tu ser, la evocación de aquellos tiempos pretéritos. Esos recuerdos que quedaron amarrados al hilo de tu memoria para siempre, flotando en ella, como bella espuma sobre el líquido sereno de tu existencia. Y no es que fueran tiempos ni mejores ni peores, simplemente; fueron distintos. Son aquellos días que te tocaron vivir, y había que vivirlos, pero como la tradición y las circunstancias del momento exigían, y dado que en aquellas fechas no conocíamos otra forma mejor de hacerlo, ni creo que se nos hubiese permitido, para nosotros, los que los vivimos; fueron..., como fueron. Cada cual, como es natural, tendrá sus propias vivencias y los recordará a su manera, sacando de los mismos, sus propias conclusiones. Yo no pretendo con ellos hacer ningún tipo de comparaciones con los tiempos que vivimos ahora. Si para mí, fueron bonitos, es porque aquellas fechas, fueron los días únicos de mi juventud, y naturalmente, la de mi generación. Los días que fuimos poseedores de ese divino tesoro que declama el poeta, y del que nos fuimos desprendiendo lentamente, sin apenas darnos cuenta, asumiendo que son tiempos que se marcharon para siempre, sin poderlos recuperar jamás. Por eso, aquella es una época que me gusta recordarla con un gran cariño, y con cierta NOSTALGIA, dando a esta palabra todo el sentido que tiene, sobre todo, en lo que se refiere a la ausencia de los seres queridos.

Y así finalizo este lento caminar, entre las evocaciones y reflexiones, sobre este cúmulo de vivencias y sensaciones vividas en aquellos días distantes de tan diversos acontecimientos, que tan hondo calaron las fibras sensibles de mi ser. En este recuerdo de lo vivido en aquella efímera primavera ya lejana, en el génesis de mi vida que es: SANTA CRUZ DE LA ZARZA.

Tomás Medina Mota